

Disputas en torno al ensayismo en la sociología argentina (1950s-1970s)

Juan Pedro Blois¹

Resumen

El desarrollo de la sociología como disciplina científica no se dio en ningún país del mundo como una operación en el vacío. Dependiendo del medio intelectual en el que se buscaba implantarla, los sociólogos debieron afirmar su empresa en el marco de un ecosistema conformado por un conjunto diverso de productores culturales y disciplinas. En Argentina, como en el resto de América Latina, la principal oposición se dio con el llamado “ensayismo”, un género, de significativo prestigio y gravitación intelectual, cuyos orígenes se remontaban a la primera mitad del siglo XIX. Basado en un amplio *corpus* empírico (publicaciones especializadas, documentos, revistas masivas, entrevistas), este artículo se propone reconstruir los diversos posicionamientos que los sociólogos asumieron frente al ensayismo en el período que va desde mediados de los años cincuenta hasta mediados de los setenta, período de fuerte expansión institucional y de marcados conflictos al interior de la disciplina.

Palabras clave: Sociología. Ensayo. Ciencia. Argentina.

Introducción

El desarrollo de la sociología como disciplina científica no se dio en ningún caso como una operación en un vacío. Lejos de ello, dependiendo del medio intelectual en el que se buscaba implantarla, sus promotores debieron afirmar su empresa en el marco de un ecosistema conformado por un conjunto particular de productores culturales; productores que, desde diversos registros u orientaciones, se ocupaban de la reflexión y estudio de buena parte de los temas y problemáticas que los sociólogos buscaban

¹ Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y profesor del Área de Sociología de la Universidad Nacional de Gral. Sarmiento (UNQS). E-mail: pedro.blois@gmail.com



Direito autoral e licença de uso: Este artigo está licenciado sob uma Licença Creative Commons. Com essa licença você pode compartilhar, adaptar, para qualquer fim, desde que atribua a autoria da obra, forneça um link para a licença, e indicar se foram feitas alterações.

ahora reivindicar como jurisdicción propia. En los países centrales, la nueva disciplina debió hacer su lugar tomando distancia de los cuerpos de saberes clásicos como la filosofía, la historia y la literatura (LEPENIES, 1998) pero también de otros más recientes como la psicología o el trabajo social (TURNER, 2014). En América Latina, en cambio, la principal oposición se dio con el llamado ensayismo, un género intelectual cuyos orígenes se remontaban a la primera mitad del siglo XIX y que supo ocupar un lugar central en el campo de las interpretaciones sobre la realidad nacional (JACKSON; BLANCO, 2014). La toma de posición frente a ese cuerpo de ideas fue, en ese marco, una iniciativa central en la búsqueda de un espacio propio para la nueva disciplina. El caso argentino, que aquí me propongo abordar, ha sido un claro ejemplo de ello.

Las tensiones entre sociólogos y ensayistas en la Argentina pueden ser rastreadas desde fines del siglo XIX cuando surgen las primeras cátedras universitarias de sociología y comienza a haber un conjunto de intelectuales que se identifican a sí mismos como “científicos”, planteando un estilo de trabajo que se presentaba como “sistemático” y “objetivo” (ALTAMIRANO, 2004). La cuestión, no obstante, reconoce un claro punto de inflexión a mediados del siglo pasado cuando la creación de la primera carrera de sociología en la Universidad de Buenos Aires (UBA) coincidió con la afirmación de una corriente, la “sociología científica”, que sobre la base de la confianza en las nuevas metodologías y teorías desarrolladas en los centros mundiales de la disciplina, planteó una tajante ruptura – que no ocultaba su desprecio – con las formas en que hasta allí se había abordado el estudio de la sociedad argentina. Semejante operación, claro, no demoró en suscitar una aguda disputa con los cultores del ensayo que veían amenazado su ascendiente. Pero, en el marco de una comunidad sociológica que rápidamente se iba ampliando y diferenciando, generó también la respuesta de un conjunto de sociólogos que, a tono con los discursos antiimperialistas que ganaban fuerza a comienzos de los años sesenta, llamaron a la construcción de una “sociología nacional” basada en buena medida en la recuperación del ensayismo.

Las relaciones entre la sociología y el ensayismo en la Argentina han despertado el interés de un buen número de estudiosos. Mientras algunos se han preocupado por dar cuenta de las estrategias de distinción

movilizadas por los sociólogos a la hora de legitimar su disciplina en el campo intelectual (BLOIS, 2008; JACKSON; BLANCO, 2014; NOÉ, 2005; RUBINICH, 1994; SARLO, 2001), otros se han focalizado en las reacciones y reacomodamientos de los ensayistas frente al desafío representado por la sociología (NEIBURG, 1998, SAÍTTA, 2004). No faltaron quienes, en función de la reconstrucción histórica del desarrollo de la disciplina tomaron partido explícito a favor de uno de los polos (GONZÁLEZ, 2000). En línea con ese conjunto de trabajos, este artículo se propone reconstruir los diversos posicionamientos que los sociólogos asumieron frente al ensayismo en el período que va desde mediados de los años cincuenta, momento de afirmación de la “sociología científica”, hasta mediados de los años setenta cuando la instalación de la represión propiciada por las autoridades políticas se tradujo en la clausura de los principales debates que hasta allí habían agitado el escenario de la sociología local (BLOIS, 2019). En términos internacionales, ese período coincide con el auge de la idea de una “sociología internacional” – basada en el estructural-funcionalismo norteamericano y las teorías de la modernización – y la posterior emergencia en diferentes regiones de la periferia mundial de un conjunto de críticas al “colonialismo cultural” y al falso universalismo de las teorías del “norte”, representados de manera emblemática en el caso de América Latina por la llamada teoría de la dependencia (ALATAS, 2000; BEIGEL, 2006, 2016; MAIA, 2012). Aun cuando se examinen parte de las reacciones de los ensayistas frente a la sociología, el foco del trabajo será colocado en las disputas de los propios sociólogos argentinos en torno al papel que el ensayismo debía jugar en el desarrollo de su disciplina *vis a vis* la producción intelectual irradiada desde los centros mundiales de la disciplina. Según veremos, la tensión que se plantea en los espacios intelectuales periféricos entre alentar una mayor apertura hacia la producción de esos centros o propiciar la reivindicación y cultivo de las tradiciones nacionales de pensamiento (BRINGEL; DOMINGUES, 2017), asumió en el caso argentino la forma de una férrea *oposición* entre una sociología que, integrada al *mainstream* internacional, despreciaba casi sin miramientos el ensayismo, y otra que, circunscripta a una circulación local y desdeñando buena parte de las orientaciones de la sociología internacional, buscó defender la importancia de las ideas producidas en el país para la conformación de una “sociología nacional”.

El análisis comprenderá el examen de las principales tomas de posición sobre el ensayismo de los sociólogos vinculados a una y otra corriente recogidas en diversos soportes (libros, revistas, diarios) pero también el estudio de las orientaciones que predominaron sucesivamente en el programa de estudios de la Carrera de Sociología de la UBA, el principal espacio de formación en el período analizado. La inclusión de ese espacio, donde la enorme mayoría de los futuros sociólogos era socializada, busca trascender una mirada ceñida a los textos e intervenciones polémicas en pos de captar cómo los diversos posicionamientos sobre el ensayismo y las tradiciones intelectuales locales encarnaban en propuestas de enseñanza diferentes. El *corpus* analizado es, en este sentido, variado: además de las publicaciones de los sociólogos y ensayistas, el mismo se apoya en materiales documentales de la Carrera de Sociología de la UBA (programas de materias, planes de estudio, publicaciones institucionales, actas del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras), notas en diarios y revistas masivas, así como entrevistas con actores relevantes del período.

El trabajo se organiza en tres secciones, además de esta introducción. En primer lugar, se reconstruye la conflictiva relación que la “sociología científica” planteó con el ensayismo, signada por una actitud que alternó la indiferencia con la descalificación explícita. A continuación, se reconstruye la emergencia de un conjunto de posiciones que, preocupadas por el “colonialismo intelectual”, reaccionaban contra la “importación” de ideas, al tiempo que reivindicaban el ensayismo como una fuente de inspiración alternativa. Finalmente, se presentan algunas reflexiones sobre la forma en que las disputas entre los partidarios de una sociología con pretensiones científicas y los defensores del ensayismo limitaron el diálogo entre la sociología y el llamado pensamiento social.

La “sociología científica” y la ruptura con el ensayismo

La creación de la Carrera de Sociología de la UBA en 1957 fue parte de la oleada de renovación de las ciencias sociales que se dio en diversas latitudes a partir de la posguerra. Promovida por diversas instituciones internacionales y extranjeras (la Unión Panamericana, la UNESCO, el *International Social Science Council* y agencias filantrópicas como las fundaciones Rockefeller y Ford), esa renovación buscaba “modernizar”

las ciencias sociales latinoamericanas según el modelo ofrecido por la sociología norteamericana. Semejante iniciativa aparecía como el puntapié inicial para el impulso de una sociología capaz de colaborar en las tareas que la promoción del desarrollo le imponía a los países “atrasados” (BLANCO, 2006).

En sintonía con esas ideas, quienes se hicieron cargo de la organización de la Carrera de la UBA asumieron que el impulso de la sociología en el medio local dependía de la rápida incorporación de los estilos de trabajo, teorías y metodologías irradiados desde los Estados Unidos. Aun cuando Gino Germani, su director, no desconociera los riesgos asociados al “problema de la recepción” (GERMANI, 1964) – la aplicación mecánica de ideas formuladas para la comprensión de otras realidades –, la influencia externa fue asumida como algo deseable en vistas de superar el “atraso” de la sociología en el medio local. De ahí su empeño constante por fortalecer sus vínculos internacionales, en búsqueda de financiamiento en el que apoyar sus iniciativas institucionales (PEREYRA, 2005), pero también de nuevas ideas y matrices analíticas.

Los efectos de esa apertura no fueron magros. En un corto intervalo de tiempo, la sociología argentina atravesó una reformulación profunda de sus principales temas de interés y de la forma de encararlos. La indagación empírica, que no había tenido un marcado impulso hasta allí, se volvió moneda corriente. Los cuantiosos recursos extranjeros financiaron la formación de un buen número de jóvenes graduados en el exterior, la llegada de profesores visitantes y la organización de la primera biblioteca en ciencias sociales actualizada del país (GERMANI, 2004; NOÉ, 2005). Dado lo anterior, no debería sorprender que la promoción de la sociología, tanto para los profesores como para los primeros alumnos, apareciera como una empresa eminentemente “importadora”, estrechamente vinculada a los desarrollos “de punta” elaborados en otras latitudes².

En ese marco, y pese a que no habían sido pocos los avances institucionales que la disciplina había tenido en los años previos – las cátedras de sociología

² Para tener una idea del apoyo recibido, cabe señalar que el Departamento de Sociología de la UBA recibió 245 mil dólares de las fundaciones norteamericanas (VERÓN, 1974); cifra que, calculada a valores de hoy, rondaría los dos millones de dólares.

se habían multiplicado en diferentes universidades del país, habían surgido algunos institutos de investigación, se había estimulado la organización de encuentros y congresos de sociólogos –, la creación de la Carrera no fue concebida ni presentada como la coronación de los desarrollos previos (BLANCO, 2006; GONZÁLEZ BOLLO, 1999; PEREYRA, 2005). Lejos de ello, para Germani era indispensable introducir una fuerte ruptura con quienes se venían haciendo cargo de la enseñanza y el cultivo de la sociología en el medio local. En su visión, las transformaciones experimentadas por la sociología a nivel mundial habían hecho de ella una disciplina inaccesible para esos profesores, a quienes despectivamente identificaba como “sociólogos de cátedra”, agentes dotados de una formación humanista o legal poco propicia para lidiar con las nuevas metodologías y herramientas analíticas (GERMANI, 1964). Aún más, consciente de que buena parte de esos profesores alternaba su trabajo como sociólogos con otras labores – una buena parte ejercía la abogacía (GIORGI, 2010) –, Germani insistió una y otra vez en que la sociología debía asumirse como una profesión de tiempo completo (BLANCO, 2006). Según su diagnóstico, si se quería promover el desarrollo de la disciplina en el país, era preciso dejar atrás un “círculo vicioso” según el cual no había “espacios de formación adecuados” porque no había “especialistas”, y no había “especialistas” porque no había “espacios de formación adecuados” (GERMANI, [1979] 1961). La vocación excluyente fue tal que la constitución del plantel docente de la nueva carrera no incluyó a los “sociólogos de cátedra”, aun cuando tuvieran una dilatada experiencia enseñando sociología. Antes bien, se privilegió la incorporación de jóvenes graduados de otras carreras a los que rápidamente, tras cursar unos pocos seminarios y materias, se los convertía en docentes del flamante departamento (GERMANI, 2004).

Pero la “sociología de cátedra” no sería la única tradición intelectual dejada de lado. El ensayismo sufriría una misma exclusión. Es que, en su convencida creencia en el carácter “científico” de la sociología, Germani y sus colaboradores no dudaron en trazar una clara frontera entre la “nueva” disciplina y la producción ensayística. Para ellos, el ensayismo no era más que una forma de saber secundaria, carente de rigor, siempre proclive a respaldar sus afirmaciones en las impresiones “subjetivas” o experiencias de su autor antes que en la consideración sistemática de las evidencias y los

hechos. Así, lejos de la postura de una parte de los “sociólogos de cátedra” que se había mostrado preocupados por reconstruir y dar a conocer las tradiciones locales de pensamiento³, Germani y sus colaboradores no veían en ese *corpus* un conjunto de análisis en el que la sociología debía buscar inspiración o nutrirse. El conocimiento de la realidad nacional no vendría del diálogo con las tradiciones locales de pensamiento, sino de la incorporación de las ideas y enfoques más “avanzados” elaborados en otros países. La construcción de un conocimiento sobre la realidad argentina dependía así de la importación – y aclimatación (BRASIL JR., 2013) – de las matrices analíticas confeccionadas para el estudio de otras realidades.

Como han señalado distintos analistas, la oposición planteada entre la sociología como una forma “científica” de abordar la realidad y el conjunto heterogéneo de discursos intelectuales asociados al ensayismo fue una de las principales iniciativas desplegadas por Germani en vistas de legitimar la sociología en el espacio intelectual más general (NEIBURG, 1998; RUBINICH, 1994). Si en más de una oportunidad el sociólogo italiano reconoció en esa tradición algún antecedente valioso, en particular de autores del siglo XIX y principios del siglo XX (GERMANI, [1979] 1961, 1964), predominó un marcado desdén. No sólo sus indagaciones no se construyeron a partir del diálogo con ese cuerpo de ideas, sino que, en más de una oportunidad, no dudó en mostrar un claro desprecio. Así, en una nota publicada en el popular semanario *Confirmado* en julio de 1965, al referirse a uno de los más renombrados ensayistas argentinos fallecido hacía poco tiempo, señalaba:

Hice un análisis de toda la obra de Ezequiel Martínez Estrada para ver que había en ella de rescatable [...] No hay casi nada. La verborragia sociologista es un típico fenómeno latino; con la particularidad de que los ensayistas europeos, más modestos, no pretenden hacer sociología (CONFIRMADO, 1965, p. 37).

En la misma línea, frente a la pregunta de un periodista sobre el éxito de ventas de otro ensayista, Juan José Sebreli, el sociólogo italiano optaba por la franca descalificación. En su visión, *Buenos Aires, vida cotidiana y*

3 Una de las líneas de indagación del Instituto de Sociología de la UBA creado en 1940 bajo la dirección del historiador Ricardo Levene había sido el estudio de las “ideas sociales y políticas argentinas” (GONZÁLEZ BOLLO, 1999).

alienación, el ensayo de Sebrelí, sólo había tenido una buena acogida en el público “porque inclu[ía] chismes sobre el comportamiento sexual de los porteños” (CONFIRMADO, 1965, p. 37). Cabe destacar que ese libro, publicado en 1964, alcanzó una enorme difusión, rondando los 40 mil ejemplares vendidos al año de su edición (SAÍTTA, 2004, p. 126)

El problema, según Germani, no era la pervivencia del ensayismo sino su pretensión de sustituir a la sociología. La relevancia que le daba al asunto era tal que aún en 1968, habiendo abandonado la Argentina e instalado ya en Harvard, volvía a la carga:

Hasta hoy, para los más influyentes intelectuales argentinos, la imagen y el contenido de la sociología son percibidos según el estilo y el enfoque definidos por la tradición del pensamiento social. Martínez Estrada, uno de los mejores escritores, y uno de los más eminentes “pensadores sociales” contemporáneos, considera que el enfoque literario de Sarmiento es el más indicado para comprender la sociedad y sus problemas, y que constituye un ejemplo de lo que deberían ser la sociología y sus métodos. (GERMANI, 1968, p. 394).

Semejante posicionamiento no se condice con la “actitud cautelosa” que, según Jackson y Blanco (2014), Germani habría puesto en juego en su relación con el ensayismo. Según esa mirada, sus afinidades políticas con los principales ensayistas – filiados como Germani en el antiperonismo –, lo habrían llevado a evitar el “enfrentamiento directo” con las tradiciones nacionales de pensamiento (JACKSON; BLANCO, 2014, p. 58-59). Ahora bien, si esa actitud pudo haber orientado sus primeros pasos, posteriormente, la respuesta de los ensayistas al desafío colocado por la “sociología científica” – que, como veremos, no se mostró muy cálida–, tanto como la cada vez mayor influencia que comenzaron a ejercer sobre un grupo creciente de sociólogos y estudiantes, motivaron un cambio de actitud. Sólo así es posible entender que Germani vuelva sobre Martínez Estrada por unas afirmaciones vertidas en una obra de 1946. Más que a ese autor, que había perdido ya buena parte de su prestigio y ascendiente en el campo cultural más general, el tono aguerrido del sociólogo italiano apuntaba ahora a defender su empresa intelectual de las críticas descarnadas que venía suscitando (BLOIS, 2008).

Como sea, el clivaje entre la “sociología científica” y el ensayismo caló hondo en la configuración de la Carrera de la UBA. Si se observan los

programas de las materias de este período, se constata la virtual ausencia de obras que aborden el análisis de la sociedad argentina, con la sola excepción de las (por aún escasas) publicaciones del propio Germani y sus colaboradores. Así, a pesar de que el sociólogo italiano promovía un fuerte compromiso con el conocimiento de la realidad local, el material de lectura predominante suponía una bibliografía que no había sido elaborada para analizar esa realidad. La Carrera nacía de ese modo en el marco de un curioso planteo: la decidida vocación por estudiar la sociedad argentina iba de la mano de un profundo desconocimiento y desinterés por las obras de quienes, aun cuando no lo hubieran realizado según los cánones que la flamante institución se proponía difundir, la habían estudiado en el pasado.

Con todo, el plan de estudios con el que se formaban los futuros sociólogos contemplaba el dictado de una materia – titulada “Sociología argentina” – donde una parte de las tradiciones intelectuales locales podían ser trabajadas. Ahora bien, por su lugar y estatus en la cursada, tanto como por el perfil del profesor designado, esa materia no haría mucho para jerarquizar esas tradiciones en el seno de la Carrera. Por un lado, se trataba de una materia optativa, es decir, una materia que los alumnos podían (o no) hacer dependiendo de sus intereses y cuyos contenidos, por lo tanto, no formaban parte del núcleo de conocimientos considerado necesario para todo graduado. Por el otro, su titular, Carlos Alberto Erro, no demoró en concitar un extendido rechazo entre la mayoría de los alumnos y de sus colegas. Si bien Erro era un ensayista con un importante prestigio⁴, sus disposiciones y preferencias intelectuales resultaban marcadamente desfasadas en el contexto de una institución con una vocación claramente modernizadora. Sus clases, según el testimonio de los protagonistas, carecían de cualquier reconocimiento y su figura fue blanco creciente de bromas y de un cada vez más desembozado desdén⁵.

4 Durante el peronismo, Erro había sido un asiduo colaborador de los espacios culturales y literarios más dinámicos del medio local (como la revista *Sur* y el suplemento literario del diario *La Nación*), llegando a ser presidente de la prestigiosa *Sociedad Argentina de Escritores (SADE)* (FIORUCCI, 2011).

5 Según recuerda, Juan Carlos Marín, uno de los primeros graduados de la novel carrera: “Erro siempre fue una persona a la cual Germani respetó y lo trató como un monumento histórico [...] pero intelectualmente todos sabíamos que era tremendamente limitado, ingenuo, elemental y que hacía mucho tiempo que no estudiaba, y que era capaz de quedarse dormido en reuniones importantes [En] el sentido académico, era una vergüenza” (MARÍN, [s. d.], p. 16). Por su parte, según Miguel Murmis, uno de los más reconocidos colaboradores de

La materia de Erro abordaba una buena parte del conjunto heterogéneo de temas que habían ocupado al ensayismo. Allí, entre otras cuestiones, se promovía una discusión sobre la “estructura social de la colonia”, la “ciudad indiana”, el “problema del desierto y su influencia sociológica”, “la estancia” y sus diferencias con la “chacra”, “el gaucho, su filiación como ser y como poblador campesino”. Aun cuando se privilegiaban los temas y obras del siglo XIX (con autores como Sarmiento, Alberdi o Echeverría), había lugar también para una parte de los ensayistas más recientes (como Eduardo Mallea, Raúl Scalabrini Ortiz y el propio Ezequiel Martínez Estrada). Ahora bien, su estilo de trabajo, tanto como la forma tradicional en que daba sus clases, estaban muy lejos de tender puentes con el resto de las materias y el espíritu más general de la Carrera. De hecho, sin experiencia en la enseñanza de la sociología ni entrenamiento específico en la materia, Erro no ocultaba sus preferencias mucho más próximas de la literatura que de la asunción del estudio de lo social como un ejercicio metódico y empíricamente fundado. Así, en un texto de apoyo de sus clases, el flamante profesor afirmaba:

Lo mejor que se ha dicho sobre el gaucho – y lo más exacto científicamente – lo han expresado nuestros grandes escritores: Sarmiento, en los primeros capítulos de *Facundo*; José Hernández, en *Martín Fierro*; Lugones, en *El Payador*, y Ricardo Güiraldes, en *Don Segundo Sombra*. Comparada con la aportación interpretativa que contienen estas obras literarias, la cosecha de nuestros sociólogos – José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge, Agustín Álvarez–, es magra y en buena parte falsa o por lo menos harto controvertible. (ERRO, 1957, p. 108)⁶.

Como podría intuirse, su presencia en la novel carrera resultaba desconcertante para buena parte de los profesores y alumnos. Tal vez, como sugiere Blanco, su incorporación tenía una fundamentación política: la presencia de un reconocido intelectual liberal, con aceitadas vinculaciones

Germani, Erro daba “clases muy flojas: algunas veces le reprocharon a Germani, con razón, que él criticaba tanto a los ensayistas y lo trajo a Erro [...] un día me acerqué al aula donde tenía que dar clase Erro, y en el aula decía “Profesor Erro”; y alguien le puso el acento en la “o” y le agregó “la vocación”, y quedó “Erró la vocación”. Los alumnos lo tomaban a broma o usaban su materia para tener una materia más aprobada [...]” (MURMIS, 2004, p. 222-223).

6 Para tener una idea del carácter discordante de esa toma de posición, cabe recordar que ese material era parte de una colección, titulada Cuadernos del Boletín del Instituto de Sociología, con traducciones de sociólogos y psicólogos sociales extranjeros, casi todos norteamericanos, filiados en el estructural-funcionalismo.

con las elites culturales, ofrecía a la nueva empresa institucional una suerte de “escudo protector” frente a los “poderes tradicionales”, siempre proclives a ver en la sociología una disciplina “subversiva” (BLANCO, 2006)⁷. Tal vez, de un modo más inmediato, su incorporación venía dada por la necesidad ineludible que tenía Germani de reconocer algún lugar a las tradiciones locales de pensamiento en la Carrera y del hecho de que, en ese contexto, no hubiera un candidato que, compartiendo sus orientaciones sobre la disciplina, tuviese un conocimiento profundo de esas tradiciones. Como sea, dada la escasa valoración que Germani le asignaba a la “sociología argentina”, la cuestión no resultaba demasiado sensible. En esas condiciones, el ensayismo no dejaba de estar presente en la nueva carrera pero lo hacía de una forma degradada, tanto por su “encapsulamiento” en una sola materia como por el perfil de su docente. Más que propiciar acercamientos o diálogos, semejante situación no hacía más que reforzar las distancias⁸.

Según Jackson y Blanco (2014), la ruptura que Germani y sus colaboradores trazaron con el ensayismo no puede ser entendida si no es vinculada al carácter “especulativo” que ese género había adquirido en la Argentina, en particular a partir de los años treinta. A diferencia de lo ocurrido en Brasil, por ejemplo, donde el llamado pensamiento social se constituyó como una transición o “puente” entre la literatura y las ciencias sociales, el ensayismo argentino cultivó un perfil más literario, en el que el recurso a la idea de un “ser” o “esencia” nacional conspiraba contra la

7 *La creación de la Carrera de Sociología de la UBA despertó resquemores en algunos sectores católicos y en ciertos cuadros de las fuerzas armadas que veían en ella una parte de las tendencias secularizantes que amenazaban la moral tradicional que, en su visión, debía asegurar la convivencia entre los argentinos (GERMANI, 2004).*

8 *Y, de hecho, la recepción de los alumnos hacia Erro no fue la más cálida. Su estilo tanto como el abanico de temas tratados no despertaron el entusiasmo de quienes entonces se sentían más atraídos por la idea de la sociología como una “ciencia”. Los estudiantes que decidían hacer la materia lo hacían por lo general para alivianar la carga de sus estudios: sin cursarla, rendían los exámenes libres para sumar una materia más en su legajo. La situación fue tan evidente que motivó su tratamiento en el Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras, máximo órgano de gobierno de la facultad, donde los representantes estudiantiles, luego de dos largas sesiones obtuvieron el rechazo del programa ofrecido por Erro. Cabe señalar que los representantes de los profesores, entre los que figuraba el prestigioso historiador Tulio Halperín Donghi, coincidían con los argumentos de los alumnos pero temían que la censura a su colega –algo que no tenía antecedentes en la historia de la Facultad – pudiera afectar su continuidad laboral (UBA, 1965).*

construcción de una mirada (histórica y social) más próxima al discurso de las ciencias sociales. Mientras los ensayistas brasileños no dudaron en utilizar, con diversos grados de rigurosidad, un conjunto amplio de materiales empíricos y documentales, sus pares argentinos privilegiaron las “intuiciones” y “experiencias personales”. En ese sentido, y aun cuando en Brasil no faltaron los conflictos y disputas entre el pensamiento social y la sociología (BOTELHO, 2015), existió, como han destacado diversos observadores, una marcada continuidad en términos temáticos e interpretativos⁹. En contraste, en la Argentina la “sociología científica” casi no abrevó en las interpretaciones y esquemas movilizados por los ensayistas (JACKSON; BLANCO, 2014).

El perfil y formación de los ensayistas brasileños y argentinos fueron, asimismo, un elemento de peso: mientras los primeros tenían una formación universitaria y buscaron vincularse de una u otra forma con las nascentes ciencias sociales y la vida académica, los segundos eran autodidactas que desarrollaron una carrera por fuera de las universidades (JACKSON; BLANCO, 2014). Pero también cabría agregar las propias disposiciones de Germani, un inmigrante italiano, para quien las tradiciones locales de pensamiento no podían dejar de resultarles un tanto ajenas. En ese caso, la exclusión sin más del ensayismo no debería dissociarse de las limitaciones vinculadas a su particular trayectoria biográfica e intelectual. El purismo científico, así como su permanente preocupación por trazar límites y clasificaciones (“pre-sociología” y “para-sociología”; “sociología de cátedra” y “sociología científica”) (BLOIS, 2008), pueden ser pensados como parte de una estrategia preocupada por valorizar sus propios saberes o capitales y desvalorizar aquello en lo que no se sentía tan fuerte. Semejante tendencia era reforzada, por lo demás, por las orientaciones de las instituciones filantrópicas del exterior, preocupadas por impulsar, como se indicó, una rápida “modernización” de las ciencias sociales en la región; y menos interesadas por lo mismo en la recuperación de las tradiciones locales de pensamiento. Las fuentes de financiamiento, tanto como los criterios de

9 *Los sociólogos brasileños, como los argentinos, no dejaron de marcar sus distancias con el ensayismo en función de legitimar la construcción de un “campo científico” (BOTELHO, 2015). No obstante, sus indagaciones y agendas de estudio fueron construidas en el marco de un estrecho diálogo con esa tradición, pudiendo ser rastreadas claras secuencias o continuidades entre uno y otro género (BOTELHO, 2007).*

quienes decidían sobre la asignación de los recursos, condicionaban aquí, como en otros contextos, las preferencias y opciones de los sociólogos (BUXTON; TURNER, 1992).

La “sociología nacional” y la recuperación del ensayismo

A partir de la caída del peronismo en 1955 se produce en la Argentina una marcada apertura económica y cultural hacia el exterior. Al tiempo que la instalación de empresas multinacionales modificaban profundamente la estructura productiva del país, la influencia de diversas corrientes de ideas provenientes del exterior (visibles en los cambios en las preferencias musicales, en las formas de vestir, en las modalidades de consumo etc.) alentaban cambios en las pautas culturales de amplios sectores de la población (PUJOL, 2007). Algunos actores, entre los que se destacaban los medios de prensa identificados con el liberalismo y el desarrollismo, saludaban esa apertura como parte de la necesaria modernización e integración de la Argentina al mundo. Otros, entre los que se destacaban crecientes franjas de la intelectualidad de izquierda, desconfiaban del influjo de lo extranjero – en particular de lo norteamericano – y de sus beneficios para el país. En ese marco, los movimientos de independencia nacional en las ex colonias en África y Asia, pero sobre todo el proceso de radicalización de la Revolución Cubana, multiplicaron en el campo político e intelectual más amplio las discusiones en torno al “imperialismo cultural” y la dependencia económica. Reforzaron también las convicciones de quienes se sentían cada vez más comprometidos con la idea de una “liberación nacional” (TERÁN, 1993). Las miradas “revisionistas” de la historia nacional que habían venían denunciado desde hacía años al imperialismo – primero inglés y luego norteamericano – como la principal causa de los infortunios nacionales, se volvieron hegemónicas entre los intelectuales de izquierda. En ese marco, el “antiimperialismo” se afirmó como una matriz casi omnipresente en los medios universitarios (TORTTI, 2006).

Como se podría esperar lo anterior no demoró en afectar el desarrollo de una empresa que, como la “sociología científica”, venía promoviendo la “importación” de sus principales ideas y enfoques, mientras financiaba sus iniciativas con el aporte de las fundaciones norteamericanas. Así, alentada por un grupo creciente de intelectuales y sociólogos (entre los

que figuraban algunos de los principales colaboradores de Germani), pero sobre todo por un estudiantado cada vez más “politizado”, comenzó a difundirse una idea que hacía de la “sociología científica” una forma más de la “penetración imperialista” que afectaba al país (BLOIS, 2008; GERMANI, 2004; NOÉ, 2005). Fue en ese escenario que comenzaron a ganar gravitación las voces que llamaban a construir una “sociología nacional”, capaz de superar la “alienación” propia de quienes abordaban el estudio de la sociedad argentina con categorías y esquemas de pensamiento elaborados en y para otras latitudes.

Con todo, la difusión de la llamada “sociología nacional” en la Carrera de Sociología de la UBA sólo se produjo luego del golpe militar de 1966, cuando la intervención dispuesta por el flamante gobierno del General Juan Carlos Onganía en las universidades se tradujo en el reemplazo casi total de su plantel docente y de quienes habían venido promoviendo el desarrollo de la “sociología científica”¹⁰. Inicialmente, las nuevas autoridades, preocupadas por disciplinar la vida universitaria – a la que veían como uno de los principales focos de irradiación “subversiva”–, procuraron reclutar docentes que les fueran afines, en especial entre la intelectualidad católica (un sector que había apoyado entusiastamente la instalación de un gobierno militar). Antes que sus credenciales académicas lo que importaba en estos casos era su orientación ideológica y su adhesión al nuevo régimen. En ese marco, se dio la inclusión de un buen número de profesores que no ocultaba sus simpatías con el nuevo escenario político y que, incluso, en algunos casos se desempeñaban como destacados funcionarios gubernamentales (BLOIS, 2018; FAIGÓN, 2012).

Hubo, sin embargo, entre los nuevos docentes algunos que no demoraron en mostrar una orientación política distinta. Entre ellos, Justino O’Farrell y Gonzalo Cárdenas¹¹, dos profesores provenientes de

10 *De los veintiocho profesores del Departamento de Sociología, sólo cuatro pudieron permanecer en sus cargos (GARCÍA-BOUZA; VERÓN, 1967).*

11 *O’Farrell era un sacerdote que había realizado estudios de sociología en la Universidad de Berkeley. Cárdenas, por su parte, había estudiado Economía en Lovaina y tenía amplios conocimientos en historia latinoamericana. Su reorientación política era parte del proceso de activación e “izquierdización” de amplios sectores del catolicismo que se venía dando en el país y la región desde principios de los años sesenta (MALLIMACI; GIORGI, 2007).*

la Universidad Católica Argentina (UCA), asumieron prontamente posiciones contestatarias y un talante ideológico cada vez más crítico. Esa reorientación resultaba afín con las demandas de un estudiantado que mantenía una activa movilización contra el accionar represivo de las nuevas autoridades. De esa convergencia entre los nuevos docentes y los estudiantes embarcados en un proceso de fuerte politización (TORTTI, 2006) surgieron las llamadas “Cátedras Nacionales”, un conjunto de materias que, reaccionando contra las principales ideas de la “sociología científica”, promovía una fundación de la disciplina sobre nuevas bases (GHILINI, 2017; MOSCONA, 2010).

Los cambios impulsados no eran menores. Para estos sectores, la sociología debía abandonar la pretensión de configurarse como una profesión académica e insertarse de lleno en los conflictos que agitaban la sociedad argentina. Identificados con el peronismo, cuyo líder permanecía en el exilio, y rehuendo cualquier pretensión de neutralidad valorativa, las “Cátedras Nacionales” concibieron su labor como un aporte al desarrollo de una “conciencia peronista” y revolucionaria en los medios universitarios y más en general en los sectores populares (BARLETTA; LENCI, 2001). Su antiacademicismo abarcaba buena parte de los aspectos de la cursada – entre otras iniciativas, se eliminaron los exámenes individuales – y reconocía en las demandas del estudiantado su principal punto de apoyo. Es que, para estos sociólogos, el principal destinatario, además de los propios pares, no eran ya, como ocurría con Germani y sus colaboradores, los funcionarios de las fundaciones que financiaban el desarrollo de la sociología (con los que no tenían vinculación alguna) sino los propios estudiantes; un público cuyo número fue en constante aumento¹². La vocación iconoclasta (RUBINICH, 1999) tendiente a barrer con las reglas del juego esbozadas en el período anterior era inescindible de la audiencia a la que apuntaban.

Influidos por los enfoques que en los centros mundiales de la disciplina denunciaban a la sociología funcionalista como una sociología conservadora, los integrantes de las “Cátedras Nacionales” no dudaban

¹² Desde 1960 hasta 1969 el número anual de nuevos inscriptos osciló alrededor de quinientos. A partir de 1970 se dio un salto que duplicó ese guarismo. Los ingresantes en 1970 fueron 1032, en 1971, 943, en 1972, 1072 (RODRÍGUEZ BUSTAMANTE, 1979).

en asimilar la “sociología científica” a una “contraideología” orientada a contrarrestar el creciente predicamento de las ideas antimperialistas y a cooptar en base a los generosos subsidios ofrecidos por la filantropía internacional a los intelectuales latinoamericanos en pos de facilitar su sumisión a los dictados del imperialismo (CARRI, 1968a, 1969)¹³. En función de ello, según su visión, era imperativo alentar una sociología susceptible de dar cuenta de la realidad argentina de un modo “particular” y “propio”, sin los sesgos interesados de las corrientes extranjeras. La preocupación por la “dominación y la dependencia” como condicionantes de la perspectiva sociológica, así como la búsqueda de nociones “arraigadas y referidas a nuestros países” fueron moneda corriente en la fundamentación de los programas de sus materias. A partir de sus clases, la problemática “nacional”, así como “latinoamericana” y “tercermundista”, no haría más que ganar presencia y visibilidad en la Carrera¹⁴.

Fue en ese contexto que los partidarios de la “sociología nacional” comenzaron un enérgico movimiento de reivindicación del ensayismo como género privilegiado de interpretación de la realidad nacional, contribuyendo a diluir las fronteras entre ciencia y ensayo que Germani

13 *Las visiones politizadas sobre la sociología no constituían, por supuesto, una peculiaridad local. La crítica a la “sociología científica” se nutrió de las orientaciones radicalizadas norteamericanas y europeas. Como testimonio de ese influjo, es interesante destacar la publicación en el primer número de Antropología del 3er Mundo, una de las principales revistas vinculadas a las “cátedras nacionales” (BARLETTA; LENCI, 2001; GHILINI, 2017), de un artículo de Daniel Cohn Bendit, protagonista del Mayo Francés. Allí, el autor denunciaba una sociología devenida “perro guardián” de “todos los poderes del mundo burgués” que no dudaba en “alquilar sus servicios” en vistas de asegurar la ganancia y el mantenimiento del orden capitalista. “Las pruebas”, argüía, “[...] son abundantes: la sociología industrial busca ante todo la adaptación del trabajador a su trabajo: la perspectiva inversa es muy limitada ya que el sociólogo pagado por la dirección debe respetar la finalidad del sistema económico: producir lo más posible para obtener los mayores ingresos posibles. La sociología política preconiza vastas encuestas, generalmente mistificadoras, que presuponen que la disyuntiva electoral es hoy el lugar de la política, sin preguntarse nunca si ésta no se situaría fuera de este terreno” (COHN BENDIT, 1968, p. 14). En su visión, era preciso denunciar la “significación generalmente represiva de la profesión de sociólogo” así como la “hipocresía de la objetividad [...] del apoliticismo” (COHN BENDIT, 1968, p. 17).*

14 *Semejante orientación, por supuesto, era parte de un proceso más general que se venía dando en la región vinculado al creciente ascendente de la llamada teoría de la dependencia. Ese teoría, que tuvo como epicentro el circuito intelectual ubicado en Santiago de Chile (BEIGEL, 2006, 2010), contribuyó al cuestionamiento generalizado de aquellas miradas que, como las de Germani, habían planteado una transición de la sociedad tradicional a la moderna que no veía una contradicción insalvable entre los países centrales y los periféricos. La nueva teoría, que tenía diversas versiones, alcanzó una marcada difusión en la Argentina y reforzó la posición de quienes, lejos de cualquier cooperación con los centros mundiales, planteaban la necesidad de embarcarse en un movimiento de ruptura (DIEZ, 2009).*

y sus colaboradores se habían propuesto trazar. Autores como Rodolfo Puiggrós, Juan José Hernández Arregui, Raúl Scalabrini Ortiz o Arturo Jauretche, fueron introducidos en forma masiva en los programas de las materias. Con ello, según sus promotores, sería posible estimular en los alumnos un mayor conocimiento de la propia sociedad y de su historia, y dar una idea más ajustada de las problemáticas y desafíos del país, elementos descuidados por quienes se habían apoyado en una literatura producida para el estudio de otras realidades. Los autores escogidos, filiados en el marxismo y en el peronismo, participaban, a diferencia de los ensayistas liberales identificados con el antiperonismo, del movimiento de radicalización política que agitaba la sociedad argentina, lo que los volvía particularmente atractivos para docentes y estudiantes.

Ahora bien, esa recuperación hizo que algunos ensayistas que no tenían una visión muy favorable de la disciplina encontraran amplio eco entre quienes se identificaban como sociólogos. Sus críticas a la “sociología científica”, gestadas al calor de la disputa trabada con Germani y sus colaboradores, ganaron en ese marco una creciente difusión en la Carrera (SIDICARO, 1993)¹⁵.

En los años previos, en efecto, los ensayistas no se habían mantenido indiferentes frente al movimiento de renovación de la sociología. Difícilmente podría ser de otro modo si se recuerda que la “nueva” disciplina no sólo había menospreciado su estilo de trabajo sino que había traído hacia sí una visibilidad pública bastante significativa, confirmada en la aparición frecuente de algunas de sus figuras en medios de prensa y por el éxito editorial de varias de sus publicaciones (BLOIS, 2018)¹⁶. En

15 *Muestra de ese ascendiente, según una nota aparecida el 18 de mayo de 1971 en el popular semanario Panorama, la mayoría de los ingresantes a la Carrera de la UBA habían decidido su carrera inspirados en la labor de algún ensayista (los más mencionados eran Scalabrini Ortiz y Juan José Hernández Arregui). A ellos se sumaban, expresión del proceso de fuerte politización que agitaba los claustros universitarios, algunos líderes políticos (como el Che Guevara o Juan Perón). Cabe mencionar que los periodistas decían basar sus afirmaciones en una encuesta realizada a 50 estudiantes del primer año (PANORAMA, 1971).*

16 *Según el semanario Confirmado, Los que mandan de José Luis de Ímaz, un discípulo de Germani y ferviente defensor de la “sociología científica”, estaba agotando su tercera edición a menos de un año de publicado; Política y sociedad en una época de transición de Germani ya no se conseguía en las librerías y La sociología en América latina del mismo autor había vendido 5.000 ejemplares en sólo seis meses (Confirmado, 1965, p. 37). Asimismo, la influyente revista Primera Plana se hizo eco en más de una oportunidad de las actividades*

ese marco, algunos de los ensayistas más reconocidos debieron embarcarse en un movimiento de defensa de su posición como intérpretes legítimos de la realidad nacional (NEIBURG, 1998; SAÍTTA, 2004). Para ello, sin ánimo de tender puentes, asumieron un tono fuertemente polémico que exacerbaba las diferencias y ridiculizaba al adversario. La reivindicación del carácter antiacadémico de su trabajo, la defensa de la intuición o el conocimiento forjado en la “experiencia de vida”, sumados al cultivo de un lenguaje llano y no especializado, fueron entonces blandidos como banderas contra la visión supuestamente “limitada” – siempre proclive a perderse en las “minucias del dato” – de los sociólogos.

Así, por ejemplo, Juan José Sebreli, autor del mencionado *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, valoraba los aportes de la sociología (o “sociología burguesa” como prefería llamarla) siempre y cuando fuesen integrados en una perspectiva que no desconociera el papel central e ineludible que la literatura y las “experiencias personales” tenían para la interpretación de la realidad social. En su opinión, la vida académica – de la cual no formaba parte –, “sofocaba” el “espíritu de aventura creadora”, por lo que era deseable mantener una clara distancia (SEBRELI, [1964] 1986, p. 12-13).

En un mismo sentido se ubicaba Arturo Jauretche, otro reconocido ensayista e intelectual que solía aparecer con frecuencia en los medios de prensa. Así, en *El medio pelo en la sociedad argentina (Apuntes para una sociología nacional)*, otro *best-seller* aparecido en 1967, ya desde el subtítulo tomaba una posición polémica sobre la “nueva” disciplina. Y si bien reconocía “no estar especializado en la materia” y hablar “desde la orilla de la ciencia”, no por ello se privaba de realizar un conjunto de críticas punzantes a la “sociología científica”, a sus “investigaciones de laboratorio” y a la “abundancia de citas y cuadros” (JAURETCHE, 1967, p. 3). Identificándose con la tradición ensayística iniciada en el siglo XIX, el autor reivindicaba un método que no sólo ensalzaba a la propia “experiencia” como su sustento principal sino que relativizaba la supuesta validez de los “datos científicos”.

de la Carrera. En una de esas notas, titulada “Dos mil doscientos argentinos bajo la lupa de los sociólogos”, presentaba algunas de las encuestas desarrolladas en el Instituto de Sociología con abundantes detalles y extensión (PRIMERA PLANA, 1962).

La rectificación por la experiencia del dato aparentemente científico exige haberse graduado en la universidad de la vida: por lo menos tener algunas carreras corridas en esa cancha, sin perjuicio de la bastante Salamanca para ayudar a Natura. Porque si el ratón de biblioteca, de hábitos sedentarios y anteojos gruesos, no es el más indicado para corregir el dato con las observaciones, tampoco basta con mirar para ver. (JAURETCHE, 1967, p. 5).

Aún más, Jauretche no dudaba en poner en cuestión las encuestas, instrumento, privilegiado por la “sociología científica”, que venía ganando espacio en los medios de comunicación y en las empresas deseosas de conocer las orientaciones de los consumidores y el mercado (MILANESIO, 2014). Esos “sistemas”, según afirmaba, podían ser fértiles “en su lugar de origen” pero se revelaban inútiles en una realidad local que, “fluida” e “informal”, se revelaba “incodificable”.

Pregúntele usted a un paisano su juicio sobre algo o alguien y oír que le contesta: Regular. Pero regular quiere decir bueno; o muy bueno; también malo. Serán su oído y el conocimiento del hombre los que darán la interpretación, según el tono y tal vez algún detalle mímico. Pero esto no es para el “potrillo” que hace la encuesta y menos para la computadora electrónica. ¿Y el “gallego”? – el gallego de Galicia, se entiende –; hágale usted una pregunta cualquiera y verá que le contesta con otra: pruebe, y le juego cualquier cantidad a que acierto. Hace pocos días llevé a un industrial, que creía en la eficacia de las “encuestas”, a un café para mostrarle cómo actuaban los agentes de una investigación que había contratado. Los muchachos a quienes se les paga por el número de planillas que llenan estaban reunidos a lo largo de dos mesas y los formularios se alternaban con los pocillos de café. Mi amigo industrial puso los ojos como “dos de oro” [abriu os olhos bem grandes] cuando oyó que unos a otros se preguntaban. Y a este, ¿qué le ponemos?, y así las iban llenando, cansados de golpear puertas estérilmente, o de que los encuestados les hicieran un interrogatorio a ellos en actitud defensiva, o les contestaran a la “macana” [bobagens]. (JAURETCHE, 1967, p. 7).

Como puede apreciarse, el estilo de escritura afable, cargado de una jerga popular que no rehuía el humor y la ironía, era un elemento más a través del cual Jauretche tomaba distancia de los sociólogos y su abanico de neologismos y estilo sobrio y austero. Según afirmaba, su discurso era abierto y nada esotérico, pues no quería dejar “a nadie en ayunas por su prurito de precisión técnica o sobreentendidos” (JAURETCHE, 1967, p. 9).

Ahora bien, lo anterior no impidió que los ensayistas procedieran a una apropiación bastante amplia de buena parte de los hallazgos y “datos” provistos por la “sociología científica”. Sin dudas, esa reapropiación favoreció una inflexión en el ensayismo local que, matizando el perfil “esencialista”

que, como notan Jackson y Blanco (2014) lo había caracterizado en el pasado, asumía ahora un carácter más “histórico” y “social”. Según Neiburg, la incorporación de la sociología por el ensayismo, aunque disimulada, puede ser vista como uno de los indicadores del arraigo de la sociología motorizada por Germani: “[...] justamente, la de transformarse en la voz de la ciencia, consagrándose como sociología científica y transmitiendo parte de aquella autoridad aún a aquellos que la citaban para atacarla” (NEIBURG, 1998, p. 90).

Las críticas de los ensayistas a la “sociología científica” gravitaron fuertemente entre los partidarios de la “sociología nacional” quienes privilegiaron, de modo cada vez más convencido, los cánones y estilos de trabajo de los ensayistas en detrimento de las metodologías incorporadas desde el exterior. Muestra de ello, cabe aquí recordar la polémica que Francisco Delich y Roberto Carri, dos jóvenes sociólogos, mantuvieron justamente en torno a la valoración del libro de Jauretche *El medio pelo en la sociedad argentina. (Apuntes para una sociología nacional)*. El contrapunto, aparecido en sucesivos números de la *Revista Latinoamericana de Sociología* fue una de las pocas veces en que una publicación identificada con la “sociología científica” se hizo eco del debate con la “sociología nacional” (BLOIS, 2008).

Delich era un sociólogo marxista que recusaba el funcionalismo que atribuía a la sociología impulsada por Germani pero que, no obstante, defendía su creencia en el carácter científico de la disciplina (DELICH, 1967). En su reseña, que no se ahorra los comentarios ácidos e irónicos contra el célebre ensayista, retomaba sin mencionarlo las críticas que el sociólogo italiano había dirigido a los enfoques despreocupados por la verificación empírica. Luego de analizar de manera extensa los principales argumentos del libro – que, según sostenía, era “farragoso, desordenado, repetitivo” –, terminaba afirmando, con un todo decididamente agresivo, que su éxito editorial debía más a su sensacionalismo que a la “riqueza de sus enseñanzas” (DELICH, 1967, p. 308). Si la reseña constituía una respuesta frente a los ataques de los ensayistas, sus argumentos no dejaban de dirigirse a quienes desde la Carrera de la UBA, nucleados en torno de las “Cátedras Nacionales”, buscaban impulsar una sociología inspirada en Jauretche y otros pensadores afines.

La respuesta no se hizo esperar y fue asumida por Carri, una de las figuras más populares de las “cátedras nacionales”, de gran predicamento entre el público estudiantil y sus pares. En ella se hacía una convencida defensa de la obra de Jauretche y sus “aportes al conocimiento de la realidad argentina”, cuestionando la ceguera de los “sociólogos académicos” que preferían los moldes teóricos y metodologías foráneas en vez de apoyarse en el conocimiento “práctico” y comprometido que emerge “con los pies bien afirmados en la realidad que analizan y donde actúan”. En su visión, que cuestionaba la divisoria entre ciencia y política, se valoraba la trayectoria y vocación política de Jauretche y no se dudaba en señalar que la “sociología académica”, al silenciar sus nexos inevitables con la política, expresaba “el punto de vista de los intereses coloniales” (CARRI, 1968b, p. 127)¹⁷.

Como vemos, lejos de moderar la oposición planteada por Germani y sus colaboradores, la recuperación del ensayismo y las disputas que se dieron alrededor del mismo la reforzaba. Los partidarios de una y otra posición tendían en ese marco a ver a la sociología de base empírica y conectada con las agendas de discusión dominantes a nivel internacional como un cuerpo de saberes opuesto al ensayismo local. Entre ambos, según una mirada compartida, no había ni podía haber demasiados cruces o diálogos. Si la preferencia entre uno y otro polo variaba, el abismo entre ambos se daba por descontado. Así, se dio un juego de distinciones y rechazos en el que mientras unos, confiando en la potencia analítica del ensayo, tendían a prescindir de la prueba empírica por asociarla a una sociología carente de imaginación y descomprometida (y, para peor, muchas financiada por fundaciones norteamericanas), los otros tendían a ignorar las tradiciones locales de pensamiento por su carácter “impresionista” y excesivamente “valorativo” o “ideológico”.

17 *Posicionamientos como esos no hacían más que escandalizar a los partidarios de la “sociología científica”. Así, por ejemplo, Manuel Mora y Araujo, un destacado especialista en metodología, podía mostrarse sensible a la problemática de la “dependencia cultural” y reconocer como legítima la preocupación de quienes impulsaban el desarrollo de una sociología más enraizada en su propia sociedad; pero rechazaba de forma contundente la búsqueda de una “sociología nacional”. Sin dejar lugar a dudas, sostenía: “[...] si la alternativa tuviera que plantearse en términos extremos entre la dependencia cultural y el ‘analfabetismo científico’, me inclinaría por la dependencia” (MORA Y ARAUJO, 1971, p. 131).*

Semejante situación contrastaba con lo que de modo paralelo se daba en otros países de América Latina. Allí la recuperación del ensayismo no suponía necesariamente el abandono de la idea de la sociología como una disciplina con pretensiones científicas, sistemática y validada empíricamente. De hecho, en algunos casos esa recuperación era promovida por quienes adherían a una sociología con pretensiones científicas como una forma de limitar los efectos perniciosos de las aplicaciones acríticas de conceptos elaborados en y para otras latitudes. Para dar un ejemplo, el sociólogo paulista Octavio Ianni afirmaba que el ensayismo constituía una fuente de interpretaciones e ideas “pioneras” capaces de abrir nuevas perspectivas a las tareas de investigación empírica de los sociólogos. En su visión, esa literatura debía ser uno de los principales puntos de apoyo a la hora de minimizar los efectos negativos implicados en la “[...] *transferência, em certos casos pura e simples, da problemática de outros países para as nações latino-americanas*” (BRASIL JR., 2013, p. 75). En casos como éste, aun cuando no se dejaban de reconocer las diferencias entre sociología y ensayo, se planteaba un diálogo capaz de estimular la “imaginación sociológica” a la hora de pensar la propia realidad nacional.

Reflexiones finales

La empresa impulsada por Germani y sus colaboradores en conexión con las instituciones internacionales preocupadas por modernizar las ciencias sociales en la región conllevó una profunda reorientación de la sociología en la Argentina. Al cabo de unos pocos años, los espacios universitarios de formación propios de la disciplina se habían multiplicado, se había puesto en marcha un ambicioso programa de investigaciones y la disciplina había adquirido una presencia pública que no tenía antecedentes. Los sociólogos eran citados en los medios de comunicación masivos y sus libros, al menos en algunos casos, alcanzaban una llamativa difusión.

Sin dudas, una parte del dinamismo y carácter innovador de aquella empresa estuvo vinculado a la decidida ruptura que la llamada “sociología científica” planteó con quienes hasta allí se habían hecho cargo de la enseñanza de la disciplina – los “sociólogos de cátedra – pero también con los ensayistas, quienes hasta entonces habían detentado un virtual monopolio a la hora de interpretar la realidad nacional y sus posibles derroteros.

Ahora bien, esa ruptura no se dio sin costos. Al rehuir el intercambio con el ensayismo la nueva empresa no sólo se privaba de un mayor arraigo en el espacio intelectual local, que mitigase el sesgo “importador” que sus detractores no demoraron en percibir, sino también de un conjunto de saberes y enfoques sobre la sociedad argentina que podía alentar la elaboración de principios interpretativos originales o sugerir valiosas hipótesis de trabajo. De ese modo, ante la tensión que se plantea a los espacios intelectuales periféricos entre alentar una mayor apertura – promoviendo nuevas discusiones a riesgo de recaer en el culto a las referencias y autores extranjeros –, o propiciar la reivindicación y cultivo de las tradiciones nacionales de pensamiento – a riesgo de caer en cierto provincianismo –, la elección fue clara. Sin dudas, la creencia en el carácter universal de los procesos que atravesaban las diversas sociedades en su transición a la “modernidad” facilitaba esa opción.

A partir de los años sesenta, el ascendiente de los discursos antiimperialistas promovió entre los sociólogos la afirmación de una mirada que buscaba dar más atención a las especificidades locales. A veces esas especificidades eran atribuidas a la nación y a su particular historia, otras a América latina en su conjunto, otras, finalmente, a una nueva y más amplia unidad, el Tercer Mundo. Como sea, comenzaba a ganar peso una clara preocupación por partir de un enfoque que resaltara las diferencias que había entre el desarrollo de los países centrales y los países periféricos.

En ese contexto, se produce entre una parte de los sociólogos argentinos una masiva recuperación de ensayismo, visto ahora como un cuerpo de ideas insustituible en la elaboración de una “sociología nacional” sensible a las particularidades locales. Así, autores que hasta 1966 no tuvieron casi cabida en las clases de la Carrera de la UBA se volvieron material de lectura obligatorio. Es cierto que esos autores gozaban de una renovada estima en los medios intelectuales y universitarios más amplios, pero su convencida revaloración entre los sociólogos era parte de una reacción contra la “sociología científica” y su desprecio por el ensayismo.

Ahora bien, como vimos, la reivindicación de esas tradiciones no se hacía por lo general con la idea de integrar sus aportes a los últimos desarrollos de la disciplina. Lejos de ello, su utilización tendía muchas

veces a asociarse al rechazo sin más de esos desarrollos y de quienes los promovían en el medio local. Ante el dilema que plantea la relación con las ideas producidas en otras latitudes, la elección fue también clara aunque de signo inverso: los impulsores de la “sociología nacional” no se cerraron al diálogo con las producciones de la región pero tendieron a despreciar aquéllas provenientes de los centros mundiales de la disciplina.

Pero había más, la crítica a la “sociología científica” no se circunscribió al rechazo de la “dependencia intelectual” sino que, apoyada muchas veces en los argumentos de los ensayistas, abarcó su estilo de trabajo y en particular su vocación por la investigación empírica. En esas condiciones, la afirmación de las tradiciones intelectuales locales fue indisociable de la afirmación del “ensayo” contra el “informe de investigación”, y de la reivindicación de la experiencia “práctica” contra la elaboración sistemática de información y datos. En los casos más extremos, las cosas se daban como si la vocación por construir una agenda de discusiones propias, o de aventurarse en la búsqueda de nuevas y originales categorías de análisis, fuese incompatible con la preocupación por contrastar la validez empírica de lo que se afirmaba. Por supuesto, semejante orientación poco hacía para acercar posiciones. En esas condiciones, la preocupación por recuperar las tradiciones locales de pensamiento estuvo lejos de cuestionar la oposición planteada en el período anterior entre una “sociología científica” y el ensayismo.

Referencias

ALATAS, S. Intellectual Imperialism: Definition, Traits, and Problems. **Southeast Asian Journal of Social Science**, v. 28, n. 11, p. 23-45, 2000.

ALTAMIRANO, C. Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la ciencia social en la Argentina. In: NEIBURG, F; PLOTKIN, M. (Org.). **Intelectuales y expertos**. Buenos Aires: Paidós, p. 31-65, 2004

BLOIS, J. Interpretaciones enfrentadas de la historia de la sociología en Argentina. Las lecturas del pasado como disputas del presente. **Argumentos**, n. 10, p. 1-29, 2008.

BLOIS, J. **Medio siglo de sociología en la Argentina. Ciencia, profesión y política**. Buenos Aires, Eudeba, 2018.

BLOIS, J. Sociología y regímenes autoritarios. La Carrera de Sociología de la UBA y los circuitos académicos alternativos durante los “años de plomo”. **Sociohistórica. Cuadernos del CISH**, n. 43, p. 1-19, 2019.

BARLETTA, A.; LENCI, M. Politización de las Ciencias Sociales en la Argentina. Incidencia de la revista *Antropología 3er. Mundo*, **Sociohistórica** – Cuadernos del CISH, La Plata, n. 8, p. 177-199, 2001.

BEIGEL, F. Vida, muerte y resurrección de las “teorías de la dependencia”. In: AAVV. **Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano**. Buenos Aires: CLACSO, p. 287-326, 2006

BEIGEL, F. Desde Santiago. Profesionalización, regionalización y “nacionalización” de las ciencias sociales. In: BEIGEL, F. (Comp.). **Autonomía y dependencia académica**. Universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina (1950-1980). Buenos Aires: Biblos, p. 65-88, 2010.

BEIGEL, F. El nuevo carácter de la dependencia intelectual. **Cuestiones de Sociología**, La Plata, n. 14, p. 1-17, 2016.

BLANCO, A. **Razón y modernidad**. Gino Germani y la sociología en la Argentina. Buenos Aires: Siglo XXI, 2016.

BOTELHO, A. Seqüências de uma Sociologia Política Brasileira. **Dados**, Rio de Janeiro, v. 50, n. 1, p. 49-82, 2007.

BOTELHO, A. Un programa fuerte para el pensamiento social brasileño, **Prismas**, Bernal, v. 19, p. 151-161, 2015.

BRASIL Jr., A. **Passagens para a teoria sociológica**: Florestan Fernandes e Gino Germani. San Pablo: Hucitec Editora, 2013.

BRINGEL, B.; DOMINGUES, J. Teoría social, extroversión y autonomía: dilemas de la sociología (semi) periférica contemporánea, **Prácticas de oficio**, Buenos Aires, v. 1, n. 19, 23-36, 2017.

BUXTON, W.; TURNER, S. From Education to Expertise: Sociology as a “Profession”. In: HALLIDAY, T; JANOWITZ, M. **Sociology and its Publics**. Chicago: The University of Chicago Press, p.373-407, 1992.

CARRI, R. El formalismo en las ciencias sociales. **Antropología del tercer mundo**, Buenos Aires, n. 1, p. 1-6, 1968a.

CARRI, R. Un sociólogo de medio pelo. **Revista Latinoamericana de Sociología**, Buenos Aires, n. 4, v. 1, p. 126-130, 1968b.

CARRI, R. El formalismo en las ciencias sociales (2da. parte). **Antropología del tercer mundo**, n. 2, p. 55-65, 1969.

COHN BENDIT, D. Para qué sociólogos?. **Antropología del tercer mundo**, Buenos Aires, n. 1, p. 13-17, 1968.

Confirmado. Buenos Aires, 16 julio 1965, p. 37.

DELICH, F. Notas sobre el medio pelo. **Revista Latinoamericana de Sociología**, Buenos Aires, v. 3, n. 2, 302-308, 1967.

- DIEZ, A. **El dependientismo en la Argentina. Una historia de los claroscuros del campo académico entre 1966 y 1976.** 327 f. Tesis (Doctorado en Sociología) – Universidad Nacional de Cuyo, 2009.
- ERRO, C. La sociedad campesina de la pampa y el litoral. El gaucho y su mundo, **Cuadernos del Boletín del Instituto de Sociología**, Buenos Aires, n. 4, p. 107-114, 1957.
- FAIGÓN, M. La institucionalización de la “sociología nacional” y sus estrategias. In: **Jornadas de Sociología de la UNLP, Anais VII Jornadas de Sociología de la Universidad de La Plata.** La Plata: UNLP, 2012. p. 1-20.
- FIORUCCI, F. **Intelectuales y peronismo, 1945-1955.** Buenos Aires: Biblos, 2011.
- GARCÍA-BOUZA; VERÓN, E. Epílogo de una crónica: la situación de la sociología en Argentina. **Revista Latinoamericana de Sociología**, Buenos Aires, v. 3, p. 91-94, 1967.
- GIORGI, G. Una aproximación histórica a la sociología como profesión (1940-1945). , **Anais VI Jornadas de Sociología de la Universidad de La Plata.** La Plata: UNLP, 2010. p. 1-22, 2010.
- GERMANI, A. **Gino Germani.** Del antifascismo a la sociología. Buenos Aires: Taurus, 2004.
- GERMANI, G. [1979]. Departamento de Sociología: una etapa. 1957-1962. **Desarrollo Económico**, Buenos Aires, v. 19, n. 74, p. 277-282, 1961.
- GERMANI, G. **La sociología en América Latina: problemas y perspectiva.** Buenos Aires: Eudeba, 1964.
- GERMANI, G. La sociología en Argentina. **Revista Latinoamericana de Sociología**, Buenos Aires, v. 4, n. 3, p. 385-419, 1968.
- GHILINI, A. La sociología argentina en los años sesenta: Las Cátedras Nacionales, proyección editorial y circulación de ideas. **Trabajo y sociedad**, Santiago del Estero, n. 28, p. 237-252, 2017.
- GONZÁLEZ, H. **Historia crítica de la sociología argentina.** Los raros, los clásicos, los científicos, los discrepantes. Buenos Aires: Colihue, 2000.
- GONZÁLEZ BOLLO, H. **El nacimiento de la sociología empírica en la Argentina:** El Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras (UNA), 1940–54. Buenos Aires: Dunken, 1999.
- JACKSON, L.; BLANCO, A. **Sociologia no espelho.** San Pablo: Editora 34, 2014.
- JAURETCHE, A. **El medio pelo en la sociedad argentina:** apuntes para una sociología nacional. Buenos Aires: Peña Lillo, 1967.
- LEPENIES, W. Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- MAIA, J. Reputações à brasileira: o caso de Guerreiro Ramos. **Sociologia & Antropologia**, v. 2, n. 4, p. 265-291, 2012.
- MALLIMACI, F.; GIORGI, G. Nacionalismos y catolicismos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, **Anais VII Jornadas de Sociología de la UBA.** Buenos Aires: UBA, 2007. p. 1-13, 2010.

- MARÍN, J. **Gino Germani y la sociología en la Argentina**. Entrevista a Juan Carlos Marín [en línea]. [s. d.]. Disponible en: <http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/marinjc/marinjc0005.pdf>. Acceso en mayo de 2018.
- MILANESIO, N. **Cuando los trabajadores salieron de compras**. Buenos Aires: Siglo XXI, 2014.
- MORA ARAUJO, M. La sociedad y la praxis sociológica. **Desarrollo Económico**, Buenos Aires, v. 11, n. 41, p. 125-143, 1971.
- MOSCONA, G. **Peronismo e intelectuales**: la experiencia de las Cátedras Nacionales en la Universidad de Buenos Aires en el período 1967–1974. 2010. 184 f. Tesis (Maestría en Ciencias Sociales) – Universidad de Buenos Aires, 2010.
- MURMIS, M. Materiales para una historia de la sociología en la Argentina (1950-1970). Entrevista a Miguel Murmis. **Cuestiones de Sociología**, n. 2, p. 197-245, 2004.
- NEIBURG, F. **Los intelectuales y la invención del peronismo**. Buenos Aires: Alianza, 1998.
- NOÉ, A. **Utopía y desencanto**. Creación e institucionalización de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires: Miño y Dávila, 2005.
- PANORAMA. La sociología a trompadas, Buenos Aires 18 may. 1971, p. 38-45.
- PEREYRA, D. **International Networks and the Institutionalization of Sociology in Argentina (1940-1963)**. 2005. 224 f. Tesis (Doctorado en Sociología) – University of Sussex, 2005.
- Primera Plana. “Dos mil doscientos argentinos bajo la lupa de los sociólogos”, Buenos Aires 11 dic. 1962.
- PUJOL, S. Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes. In: JAMES, D. **Nueva historia Argentina**. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976). Tomo IV. Buenos Aires: Editorial Sudamericana. p. 281-328.
- RODRÍGUEZ BUSTAMANTE, N. Sociology and reality in Latin America, the case of Argentina. **International Social Science Journal**, v. 31, p. 86-97, 1979.
- RUBINICH, L. Redefinición de las luchas por los límites: un debate posible para las nuevas generaciones. **Entrepasados**, v. 4, n. 6, p. 28-36, 1994.
- RUBINICH, L. Los sociólogos intelectuales: cuatro notas sobre la sociología en los años sesenta. **Apuntes de Investigación del CECyP**, v. 4, p. 84-112, 1999.
- SAÍTTA, S. Modos de pensar lo social. Ensayo y sociedad en la Argentina (1930-1965). In: NEIBURG, F.; PLOTKIN, M. **Intelectuales y expertos**. Buenos Aires: Paidós, 2004. p. 107-146.
- SARLO, B. **La batalla de las ideas (1943-1973)**. Buenos Aires: Ariel, 2001.
- SEBRELI, J. [1964]. **Buenos Aires, vida cotidiana y alienación**. Buenos Aires: Hyspamerica, 1986.
- SIDICARO, R. Reflexiones sobre la accidentada trayectoria de la sociología en la Argentina. **Cuadernos Hispanoamericanos**, n. 517/519, p. 65-76, 1993.

TERÁN, O. **Nuestros años sesenta**. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1993.

TORTTI, C. La Nueva Izquierda en la historia reciente de la Argentina. **Cuestiones de Sociología**, n. 3, p. 19-32, 2006.

TURNER, S. **American Sociology: From Pre-Disciplinary to Post-Normal**. New York: Palgrave Macmillan, 2014.

Universidad de Buenos Aires (UBA). **Actas del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras**, 28 julio 1965. Buenos Aires: UBA, 1965.

VERÓN, E. **Imperialismo, lucha de clases y conocimiento: 25 años de sociología en Argentina**. Buenos Aires: Tiempo contemporáneo, 1974.

Controversies about essayism in Argentinean sociology (1950s-1970s)

Abstract

The development of sociology as a scientific discipline did not occur in any country in a vacuum. Depending on the intellectual environment in which it was promoted, sociologists had to affirm their initiatives within an ecosystem made up of a diverse set of cultural producers and disciplines. In Argentina, as in the rest of Latin America, the main opposition took place with the so-called "essayism", a genre of significant prestige and intellectual gravitation, whose origins dated back to the first half of the 19th century. Based on a large empirical corpus (specialized publications, documents, mass magazines, interviews), this article seeks to reconstruct the different positions that sociologists assumed vis-a-vis essayism in the period from the mid-fifties to the mid-seventies, a lapse of time characterized by unprecedented institutional expansion and intense conflicts within the discipline.

Keywords: Sociology. Essay. Science. Argentina.

Recebido em: 02/11/2018

Aprovado em: 03/04/2019